

Cantaban los mayores los cantares que decían de primavera

*"Adiós Morico Judío,
adiós Peña Palomera,
adiós Punta Cornialto,
ya llegó la primavera."*

Yo estoy mejor allí arriba. Bueno, mejor o más a gusto, no sé si es por nacimiento o porque me he pasado la vida subiendo cada verano a la montaña, el caso es que yo estoy a gusto. Sin embargo, el hijo dice que está mejor aquí. Allí hay menos trabajo con el ganado y no hay que andar tanto. Son épocas distintas y no hay sembrados que cuidar estás más tranquilo... Ya me va llamando el marchar para arriba.

Pasó la festividad de San Isidro y José Antonio Ballent se acuerda de la Sierra de Abodi. La misma sensación que se repite desde hace cincuenta años.

El invierno no fue bueno en Las Bardenas. No hubo grandes heladas. Tampoco agua. El pasto se mantuvo con la lluvia de otoño. Los sembrados han aguantado hasta la primavera, en que llovió, y la cosecha que viene no es mala. Tampoco buena. No están tumbadas las cebadas. La caña pasa poco de la rodilla y ya ha empezado a cambiar de color.

El verde oscuro, casi negro, de las espigas ha ido cambiándose por un verde tostado. El color del raspón empieza a ser dominado por trazos amarillentos y la caña, poco a poco, va perdiendo el color verde de arriba hacia abajo. Está bonito El Plano con esta gama de colores que cambian de tono el paisaje al moverse las espigas con el viento.

Terreno prohibido para el ganado.

El día es largo. A las seis y media de la mañana es de día y a las nueve de la tarde también.

En la cabaña del corral del Truco están colgadas las esquilas y los zumbos.

Las esquilas son como trozos de tubo un poco aplastados, y los zumbos, enormes, se ensanchan en el tercio superior. Hay muchas esquilas que miden veinte centímetros de largo y algunas que casi tienen los cuarenta. Los zumbos, un poco más cortos pero más anchos.

Algunas esquilas están adornadas con la marca del rebaño y algunas filigranas dibujadas a golpes de cincel y de martillo.

Hay badajos de todos los tipos: un par de esquilas lo tienen de madera, otra de hierro, y de dos más cuelgan unos cuernos de choto. Los zumbos los tienen hechos con un trozo de hueso de la pata de la oveja, salvo uno que lo tiene de madera.

Los collares de los que cuelgan son de cuero y llevan claveteadas unas tachuelas que hace tiempo perdieron el baño dorado que les daba la categoría de adorno. Tres hebillas en cada esquila y dos en los zumbos ajustan los cencerros al cuello de los animales.

El salacenco de Ochagavía amontona la leña que hay al lado del fogón y mete en unas bolsas de plástico las sobras del almuerzo.

- ¿Sabes lo que pasa?: pues que cuando el pasto está aquí muy seco, ya te dan ganas de marchar para arriba. Parece que lo siente uno más que los animales. Y las ovejas, en llegando este tiempo, arrancan para arriba como una bala. Y luego pasa lo contrario, que está deseando que llegue el día de bajar porque también los puertos se ponen muy malos. Este último verano estaba malísimo, abrasado todo. Ni agua tenían para beber en aquella tierra que es tan fresca.

Hoy es domingo, veintiocho de mayo. Mañana, de madrugada, José Antonio, su hermano Juan Martín y los hijos de los dos les pondrán las esquilas y los zumbos a los chotos y mardanos, cargarán el coche todoterreno con las

mantas, las alforjas, un par de garrafas de agua y un garrafón de cántara de vino y saldrán del Corral del Truco, cuando el sol ya esté en lo alto.

- Mañana arrancaremos de aquí, hacia El Caldero, para coger la Cañada de los Roncaleses, y caminaremos todo el día para llegar a dormir a Morea o a Lazaga, que son dos casas que hay en la misma Cañada. Al siguiente andaremos hasta Sierra Peña, y a eso del mediodía nos desviamos por una traviesa, donde hay un corral hundido, el Corral de Gervasio, y vamos a dormir a Cáseda. Al tercer día salimos a la Cañada de los Salacencos, un poco antes de llegar a Aibar, y ya continuamos hasta Lumbier. Al otro pasamos la noche en Ozkoidi o, al menos, en el término de Ozkoidi, depende de la marcha del ganado. Vamos por otra traviesa que une la Cañada de los Salacencos con la de Aézcoa, y por esta cañada, el quinto día, llegamos a dormir al término de Remendía, y el sexto a la Sierra de Abodi, que es donde pasamos el verano. Allá estamos nosotros, los Carrica y los Sancet, a la izquierda de la carretera que va a las nieves, cara a la muga de Aézcoa. El Orhi se queda a la derecha.

UNA TIERRA DE PELÍCULA

El espectacular paisaje bardenero ha servido en varias ocasiones como escenario para rodajes cinematográficos: "La conquista de Albania", "Lengua asesina" o "Acción mutante".

Haciendo nuestro trabajo de campo, en el otoño del año 1994, coincidimos en Las Bardenas, durante cerca de un mes, con todo el equipo técnico y humano preciso para el rodaje de una nueva película, que al redactar estas líneas está todavía sin estrenar.

Dirigida por Oscar Albar, se titular "Atolladero" y ser una película de acción, mezcla de varios géneros: western, ciencia-ficción y terror.

En esta ocasión, Las Bardenas Reales serán el Desierto de Sonora (Texas) en julio del año 2048. Los personajes serán estereotipos del western y estarán interpretados por actores como Pere Ponce, Javier Gurruchaga o Ariadna Gil. El "malo" de la película ser el músico norteamericano Iggy Pop, toda una leyenda del rock.

Desde Las Bardenas hasta la Sierra de Abodi en el Valle del Salazar, seis días de cañada con un rebaño de más de mil ovejas vacías.

Abrirán la marcha los chotos con las esquilas y los mardanos con los zumbos, o los chotos con esquilas y zumbos.

Cada pastor impone su propio ritmo a la marcha por la cañada. Y el ritmo determina el sitio en el que pasar la noche. Habrá quien llegue en el cuarto día hasta el Alto de Eparoz, y habrá quien se quede en Ozcoidi. Como también habrá quien, cruzando Sierra Peña por la Cañada de los Roncaleses, llegue a Cáseda por la pasada que arranca antes de llegar a Gabarderal y salga a la Cañada de los Salacencos, que ya no dejar hasta los pastos de Orhi.

Mañana lunes partirán los Ballent del Corral del Truco, y ya el sábado dormirán en la borda, en la Sierra de Abodi.

-Ahora es al revés que en otros tiempos. Cuando estamos solos, sin la familia, es en el verano. Las mujeres se quedan en Valtierra y nosotros pasamos los tres meses de verano en la borda. Antes, cuando eran los chavales pequeños, solía subir la mujer, pero ahora no sube, porque siempre hay que hacer. Voy a estar allá arriba igual que están en La Bardena los solteros sin casa durante el invierno. Yo estoy ahora en el verano como los primitivos; por eso no quieren subir los hijos.

La sonrisa en la cara de Enrique, el hijo de Juan Martín Ballent, confirma las palabras de su tío. El color del pelo, entre rubio y royo; alto; ojos azules; poco más de veinte años. No interrumpe la conversación con José Antonio, pero su cara confirma las diferentes formas de ver la trashumancia.

- Antes teníamos la casa de los padres, pero ahora ya no. Es de una hermana. Costumbres que hay allá ; que le dejan todo a un hijo y los demás se quedan sin nada. Así que no tenemos casa en el pueblo. Unos años

estuvimos en alquiler, pero ahora apenas hay casas disponibles. Como está de moda el pasar allá las vacaciones, nosotros ya no podemos pagar esos precios y hace tres o cuatro años que nos quedamos en la borda. Y no se está mal. Tenemos "camisas" para dormir y hay hasta agua corriente, con un depósito que se llena de un manantial, y luego, como los dueños de la borda tienen ganado y bajan todos los días a Ochagavía, nos suben pan y otras cosas que nos hacen falta. No se está mal allá. Pero, claro, los jóvenes se lo pasan mejor aquí. A ellos no les tira aquello como a nosotros los mayores.

Los jóvenes suben por otras razones: "mantener aquí el ganado a base de pienso es caro". Por las mismas que recorren la cañada: "un rebaño un poco grande no se puede, subir en camión; date cuenta que están cobrando unas cuarenta o cuarenta y cinco mil pesetas por un viaje en el que entran unas trescientas ovejas".

Sentados sobre dos fardos de paja, a la sombra de la pajera, que ha ido mermándose con el paso de los días, vamos desgranando las cuentas del rebaño, mientras Enrique marcha con las ovejas hacia el Raso de la Junta.

Es tiempo de echar cuentas para los pastores trashumantes.

- Este año han estado los precios bien, pues por un corderico con diez o doce kilos en vivo se han pagado unas 6.000 pesetas de media, aunque más de uno se habrá vendido a 5.000, sobre todo ahora en primavera, que es cuando menos valen- Si tienes en cuenta partos dobles y que se fuerzan mucho las pariciones, se pueden vender al año 1,2 corderos por oveja; así que está claro lo que sacas del animal: alrededor de 7.000 pesetas, porque de la lana y del ciemo sólo sacamos pérdidas. Eso este año, que los de atrás a poco más de 5.000 pesetas saldría.

Con la vara de avellano, José Antonio ha ido apuntando en el suelo la cifra de ingresos y la subraya mientras hace memoria de los gastos.

- Si apuntáramos todo, más fácil te lo diría, aunque no creo que me deje nada. Mira, los pastos de La Bardena y del puerto suponen poco, pero la corraliza sube mucho, unas 1.600 pesetas por oveja, aunque eso depende de las que lleves. Hay quien paga un millón por una corraliza y lleva cuatrocientas o quinientas ovejas; y hay quien paga dos millones pero lleva más de mil quinientas. Luego el maíz, cincuenta kilos por oveja, a 27 pesetas el kilo, otras 1.400 pesetas; y como paja y algo de forraje siempre hacen falta, total que en alimentar al ganado se van unas 3.500 pesetas por oveja. Luego las medicinas y el veterinario, así es que yendo todo bien te gastas las 4.000 pesetas en tener el animal sano y bien atendido.

Haciendo memoria de los demás gastos mira hacia el corral y, con la vara, nos indica las tejas nuevas que tuvo que poner el año pasado, y el encalado de las paredes.

- Siempre hay algo que hacer en el corral, y eso también hay que contarlo. El año pasado nos gastamos casi trescientas mil pesetas. Pon un año con otro doscientas pesetas por oveja y no me equivoco. Y si el corral es nuevo, pues ya tienes ocho o diez millones que hay que sacar de algún sitio. Añade que si viene una pala para ayudarnos con el ciemo, hay que pagarla. Y los esquiladores. Y la contribución. Así es que sumando, sumando, se van por lo menos otras mil o mil quinientas pesetas por oveja, sin darte cuenta. ¿Cuánto llevamos ya?

Aún falta lo más complicado de valorar para el pastor: su sueldo.

- Aquí, un hombre suele llevar una media de quinientas ovejas, aunque hay algunos con mil, pero son los menos. Y ten en cuenta que en este oficio no hay horas, ni vacaciones, ni días de fiesta... ¿Cuánto le ponemos de jornal? Pon, entre los cupones y todo, cinco mil o seis mil pesetas. Que no hay quien vaya de pastor por eso. Ya tienes otras cuatro mil pesetas por oveja. ¿Dónde está la ganancia? más de dos mil pesetas de pérdida. Si no fuera por la prima, ¡a morir por Dios! Este año ha sido de unas cinco mil pesetas por oveja. A nosotros, como pasamos más de noventa días en la montaña, nos pagan la prima de allí, que son unas mil pesetas más que lo que cobran en La Ribera.

Las cuentas están echadas.

En el suelo hay subrayadas 7.000 pesetas a un lado y 9.500 al otro. Debajo hay escrito 5.000 rodeado de un círculo. Sin la prima este trabajo no da para vivir. De cada cien pesetas que entran en la casa de un pastor, cuarenta corresponden a la subvención.

Nos cuentan todos que antiguamente los gastos se cubrían con la venta de la lana y del queso. Lo que dejaba la venta de los corderos era el sueldo del pastor y el beneficio del amo.

Hoy la prima por subir a la montaña anima la trashumancia, de la misma forma que la prima propicia la continuación del oficio. Sin la prima difícilmente habría pastores.

- Tendríamos que hacer otras cosas, ¡qué se yo! Gastar menos, pero claro, al animal tampoco lo vas a alimentar mal. ¿Ordeñar?, pues eso igual era una solución, pero en nuestro valle no ha habido costumbre de ordeñar como en el Roncal. Y además para ordeñar hace falta gente, y con ganas, y aquí en este oficio ya ves que cada vez somos menos y más viejos. A los jóvenes ya los oyes: si suben a la montaña, es más por las perras que porque les llame aquello. Sin la prima no quedaríamos ni uno con el ganado.

Haciendo las cuentas del rebaño ha llegado el mediodía. En la cabaña José Antonio hace lumbre en el fogón y limpia las parrillas.

Hoy comemos unas chuletillas de uno de los corderos que mataron ayer para el viaje. Mientras se hacen las brasas, colocamos las chuletas en la parrilla, echamos un trago de vino de la bota y recordamos los días de este invierno que hemos pasado con los pastores en Las Bardenas.

Hablamos del ruido de los aviones y del miedo "a que se te venga uno encima" cuando se lanzan desde El Plano a La Blanca.

Comentamos el ambiente de los fines de semana, en otoño y primavera, cuando aquello se llena de turistas, de los que "van como locos" con sus "cuatro por cuatro" por cualquier sitio, y de los que pasean tranquilamente, andando o en bicicleta, o saltan desde la Punta de La Estroza en parapente.

Son los miles de turistas que llegan a Las Bardenas atraídos por las medias verdades que sobre esta tierra aparecen en guías de viaje y reportajes de cualquier diario regional o nacional: "El desierto de Navarra". "Esta pequeña guía es una invitación al descubrimiento de un paraje único en Europa; el desierto de Las Bardenas Reales ...".

Un "desierto" que produce cada año más de cincuenta y cinco millones de kilos de cebada y da pasto a más de cien mil ovejas. Un "desierto" que produce lo suficiente para alimentar a más de cien mil personas. Un "desierto" con un contraste de paisajes capaz de enganchar a cualquiera que se acerque a él dispuesto a ser seducido.

Muchas cosas están en juego con esta "venta turística" de Las Bardenas.

Es éste un uso no regulado por las Ordenanzas. Está claro, después de muchos pleitos, quiénes pueden herbajar con sus ganados, cazar, hacer leña y carbón, extraer cales y yesos y roturar las tierras: los vecinos de los pueblos congozantes. A ellos se les concedió el disfrute. Pero el disfrute del espacio, el uso del territorio con fines turísticos, está al alcance de cualquiera.

No hace falta ser vecino de uno de los pueblos congozantes. Para ese uso no es preciso justificar la pertenencia a la estirpe que le ganó la guerra al moro.

CAÑADAS EN LAS BARDENAS REALES

En 1924 el ingeniero Daniel Nagore describió la red de cañadas de Navarra por encargo de la Dirección de Agricultura y Ganadería de la Diputación Foral. Estructuró su trabajo por distritos, por lo que para esta zona deberemos consultar el cuaderno referente al de Tudela.

Las primeras palabras de Nagore sintetizan perfectamente la problemática de las cañadas en nuestra zona de estudio para dicho año: "Es el distrito de Tudela el que mejor ha conservado las vías pecuarias trashumantes, debido a que la existencia de mayor cantidad de ganado lanar las hace más necesarias, aunque existen enormes

extensiones (sobre todo hasta hace pocos años) de terrenos de pastizal únicamente aprovechables por el ganado ovino y, finalmente, a que el gremio de ganaderos, más unido que en otras partes, ha tenido una constante actuación para tener libre el acceso a las distintas zonas del partido judicial".

Más adelante, Nagore recuerda que en el artículo 25 de las Ordenanzas de Las Bardenas Reales de Navarra ya se designan y amojonan las cañadas, " ... pero en forma tan poco definida y precisa que no había medio de darse cuenta de la orientación y enlaces de todas las que cruzan en distintos sentidos". En el anejo número 9 el lector podrá comprobar, si lo desea, la imprecisión comentada por el señor ingeniero.

La red de vías pecuarias en Las Bardenas Reales podríamos estructurarla así (véase mapa anejo número 5): dos cañadas reales, la de los Roncaleses (CRR) y la de Tauste a Urbasa-Andía (CRTUA). Las dos arrancan del mismo punto, justo en el límite de Las Bardenas con Aragón, donde el canal de Tauste penetra en la Comunidad de Navarra. La Cañada de los Roncaleses asciende hacia el Norte por el límite oriental de Las Bardenas, bordeando casi constantemente la muga con Aragón, hasta abandonar el territorio bardenero por el Paso, penetrando ya en el término municipal de Carcastillo.

La Cañada Real de Tauste a Urbasa-Andía asciende también hacia el Norte por el límite occidental de Las Bardenas, bordeando casi constantemente la muga del territorio bardenero, y de una forma más sinuosa, pues durante parte de su recorrido se adentra en los términos de Fustiñana, Cabanillas y Tudela.

Estos dos ejes fundamentales se ven cruzados por una tercera cañada real denominada Cañada Real de Los Montes del Cierzo a Ejea (CRNCE), que, procedente de Tudela, discurre en sentido Oeste-Este hacia la población aragonesa de Ejea de los Caballeros. Precisamente la carretera Na-125, que comunica en la actualidad las dos poblaciones, está trazada en todo su recorrido bardenero sobre la primitiva cañada real.

Aunque la Cañada Real de Murillo el Fruto a Salazar (CRMFS) no llega a penetrar en Las Bardenas merece ser citada en este texto por ser utilizada en algunos de sus tramos centrales por los rebaños salacencos en su viaje hacia el Sur. En los últimos kilómetros de aproximación hasta la muga de Las Bardenas, los pastores del Valle de Salazar utilizan algunas traviesas para pasar con sus rebaños a la Cañada Real de los Roncaleses.

Varias traviesas (T-1, T-2, T-3 y T-5) y algunas pasadas (P-1, P-2 y P-10) completan la red de vías pecuarias en el interior de Las Bardenas Reales.

Generalmente, las nueve cañadas reales en Navarra tienen una anchura media de 40 metros. Las traviesas son vías de segunda categoría, con un anchura media de unos 25 metros, y las pasadas y ramales constituyen la categoría inferior dentro de las vías pecuarias, con una anchura media de 15 metros.

Para nuestra zona de estudio el ingeniero Nagote señaló la anchura entre 75 y 50 metros para todas las vías pecuarias, respetando las antiguas ordenanzas de la Junta de Bardenas.

Por todo ello, la Junta de Bardenas redactó, en el año 1991, un anejo a las Ordenanzas en el que se regulan las actividades de ocio y turismo, pero todavía no ha sido aprobado. Para los congozantes no están claras las consecuencias que se derivan de esta invasión turística que con tanto ímpetu ha irrumpido en Las Bardenas.

Bastantes argumentos para la reflexión. Una vez más, el uso de estas tierras enciende las pasiones y hace aflorar los intereses de quienes gozan del disfrute y de quienes pretenden acceder a él. Y como sonido de fondo en este debate, las voces de quienes quieren que este territorio sea todo él una Reserva Natural.

Desde siempre, la resolución de estos conflictos respetó la forma tradicional de organización de los pueblos congozantes.

Tiempos de cambio para Las Bardenas.

Si hasta el siglo XIX el protagonismo fue de los ganaderos, sobre todo de los trashumantes salacencos y roncaleses, y en el siglo XX fueron los agricultores los que impusieron su dominio, en el próximo siglo serán los turistas, nacionales y extranjeros, los que condicionarán las actividades y, con ello, moldearán el paisaje de Las Bardenas.

Las chuletas están en su punto. Comemos... La última que queda en la parrilla nos enfrenta con la soledad. Es la hora de marchar. José Antonio tiene que terminar los preparativos.

Descuelga las esquilas y los zumbos y marcha a dar una vuelta por el corral.

- A ver si está todo bien. Si subís este verano por allí, ya sabéis dónde paro. Me alegrar veros. ¡Ah! y si queréis subir mañana con nosotros, de aquí marcharemos. ¿Por qué vais a estorbar? Otras veces ya ha venido gente con nosotros. Un año bajó un grupo de japoneses. No sé las miles de fotos que tiraría aquella gente. ¿Molestar?... No, al revés; a veces hasta se agradece la compañía. A nosotros, mientras no se metan por medio del ganado, no nos estorban. Luego a comer y cenar todos juntos... No se qué tiene, pero cada año hay más gente que quiere hacer la cañada. está de moda.

Andamos a la par de José Antonio, que mira la cerca del serenado y sujeta con alambre alguna tabla suelta.

- Dentro de pocos años no sé si vamos a quedar alguno... Pues sí, es una pena, pero ¿qué se va a hacer? Si desaparece la trashumancia ser , yo creo, por la mano de obra, de tan sacrificado que es el oficio. La cañada es muy dura, hay que andar mucho, y si el ganado no encuentra comida en algún sitio tienes que darle de comer, pero como pienso no le puedes echar, pues el animal lo pasa mal.

Un último trago de la bota termina con la charla. No podemos evitar la tristeza: el salacenco que tanto nos ha enseñado marcha mañana a la montaña.

Subimos hacia El Caldero, y en la Cañada de los Roncaleses nos encontramos con Teodoro y Casildo, los de Casa Currio, de Vidángoz, que van a lo suyo.

Más de dos mil ovejas levantan el polvo del camino.

- Hoy dormiremos en El Paso y mañana llegaremos al Monte Peña, y de allí, al día siguiente, sin dejar la Cañada de los Roncaleses, al Convento de Leyre, donde hay una cabaña que hizo la Junta del Valle y que está destrozada, pero allí dormiremos. Al día siguiente subiremos la Sierra Leyre y por Fuentes Negras, llegaremos a Castillonuevo; y al otro día, por la Sierrieta de Ollate, por El Portillo, al Alto de Las Coronas; y el último día, en Vidángoz. Desde El Paso tenemos cinco días de cañada. Los que suben hasta más arriba de Uztárroz en seis días lo hacen. Depende también del ganado que lleves y del paso. Cada uno ya tiene, poco más o menos, los sitios en los que para por costumbre.

Ya no salen los vecinos de cada pueblo a acompañar a los rebaños mientras transiten por su término municipal, como era costumbre; ni a indicarles los lugares para sestear; ni a ayudar a los pastores a Juntar el ganado; ni siquiera a cobrar el derecho de paso que todos los rebaños trashumantes debían pagar. Se han perdido esas costumbres que los pueblos trashumantes cuidan y que algunos como los del Valle del Roncal recogen en sus Ordenanzas (13):

- Antes se pagaba el derecho de paso que se decía. En todos los pueblos salía el guarda y le pagábamos; no mucho, pero le pagábamos. Ahora no sale nadie.

Andamos por la cañada siguiendo la marcha de uno de los rebaños más grandes de los que en estos días subirán a los Valles.

Teodoro abre la marcha con un par de perros que no dejan de correr.

(13) "Los ganados forasteros que vengán al Valle deberán transitar por la cañada hasta el punto que deban quedarse y lo mismo a la vuelta, y el alcalde de cada villa les facilitar el guía para que los encamine y enseñe la cañada atendiendo a lo que disponen las leyes de la provincia".

Botas chirucas, pantalón bombacho azul y una camisa de cuadros de algodón de manga larga, remangada. La alforja al hombro y la vara de avellano en la mano derecha. Cubre la cabeza con una visera de propaganda de una marca de tractores.

Atrás, Casildo con otro perro.

Por delante pasó el coche con todo lo necesario para el viaje.

No cierra la marcha ninguna burra cargada con las alforjas y las mantas como antaño. La indumentaria de los pastores y su ajuar en nada nos recuerdan las descripciones que nos han hecho de los antiguos trashumantes.

Los pastores ya no llevan el delantal de piel de oveja con el que cubrían el pecho y las piernas, ni apenas el espaldera de piel de choto, con los que se protegían del frío y de la lluvia. Las abarcas hace tiempo que dejaron de usarse, y sólo en contadas ocasiones, más festivas que de trabajo, vuelven a calzarse para recorrer la cañada. El sombrero negro de ala y otros tocados hechos con pieles o paños ha sido sustituido por la boina o las viseras de propaganda de vivos colores.

Las alforjas de tela y las mochilas modernas, algunas de cuero, también han sustituido a los viejos zurroneos; con forma de cartera, claveteados, componiendo un vistoso adorno, salían de las manos de los guarnicioneros que entonces había en los Valles y en algunos pueblos por donde discurre la cañada, como Lumbier.

- Los zurroneos que se han llevado toda la vida en el Valle del Roncal eran de material. De piel no se han usado; éstos los llevaban más los ansotanos y los tenesinos. En Luecia hay todavía un buen guarnicionero, y allí los encargábamos antes... Los espalderos nos los hacen ahora en Pamplona ; les llevas la piel y te los preparan.

En el ajuar de los pastores ya no hay cucharas de boj talladas por ellos mismos, ni saleros de piel de cabrito, ni cuernos para el aceite. No se tallan vasos para beber, y aquellos cántaros elípticos de hoja de lata para el agua, "porronak", tradicionales entre los pastores salacencos y roncaleses, hace ya bastantes años que quedaron olvidados y fueron sustituidos por garrafas o calderos de plástico.

Seguimos andando por la cañada a paso ligero: la tarde avanza y al anochecer hay que llegar a El Paso.

Atrás queda la Casa de la Severina, donde antiguamente todos paraban para ordeñar y dejar la leche.

En El Salinero nos encontramos con Dionisio, el roncalés de Uztárroz. Voces ... gritos... viejos recuerdos de otras primaveras ..

*"Ya ha llegado Santa Cruz
pastores a la montaña
a comer migas con magra
y a dormir en buena cama".*

En la conversación hay alegría. En pocos días, ovejas y pastores estarán en los pastos de los puertos, allá en los Valles.

Los recuerdos, las canciones que cantaban los mayores en primavera, las jotas de la ribera y de la montaña, los ritos de iniciación y las bromas a los zagales, los días de ordeño, las bordas y las muideras surgen con facilidad en la conversación. Parece que se ha abierto, como una fuente, la memoria de los pastores. Es la cañada, que un año y otro se repite, la que evoca con fuerza imágenes de la vida pasada.

- Antes marchábamos en la Cruz de Mayo, o antes, y ya subíamos ordeñando, y como por toda la cañada había casas, íbamos dejando la leche, y hacían queso. Los que venían de La Negra ordeñaban en la Casa de la Severina. Al día siguiente estábamos en Morea, en el monte de Cáseda, aunque, si nos juntábamos muchos, algunos seguían hasta San Gervasio, otro caserío de Cáseda, donde vivían familias; ahora están hundidos los corrales. Desde allí, a Sangüesa, a Casa de la Paca, que cogía toda la leche, y ya, sin parar, hasta el Barranco de Castillonuevo, donde salían los del pueblo también a llevarse la leche. Y ya aguantábamos hasta casa, pues aunque el camino era largo había que llegar cuanto antes. En el puerto ordeñábamos durante casi dos meses un par de veces al día: por la mañana y a las dos de la tarde. ¡Pues no me he dado yo palizas ordenando allá en la muidera!

Hace cincuenta años, cuando Dionisio era zagal, se ordeñaban en el Valle del Roncal más de treinta mil ovejas, de las que más de la mitad estaban en Uztárroz y en Isaba.

Teófilo Echeverría, que ha identificado los restos de más de sesenta bordas-mulderas en el Valle del Roncal, escribía en el año 1988:

"En 1968 quedaban unas pocas muideras en La Dronda, Igardacúaa, Rincón de Belagua, Monte Burgui y Portillo de Casa Blanca, en las que se ordeñaban apenas 2.000 ovejas. Queso roncal artesano, elaborado con leche de ovejas rasas solamente se hace hoy en las muideras de Gabrielito (200 ovejas) en Uztárroz y en la de Diego (120) en Vidángoz. El final de nuestro queso artesano en el Valle del Roncal es inminente".

El queso del Roncal está protegido desde el año 1981 por una Denominación de Origen, y la instalación de la empresa ENAQUESA, en el municipio de Roncal, que absorbe más de dos millones de litros de leche de oveja procedente de toda Navarra, ha permitido ampliar el mercado para este queso artesano. En los últimos años, algunas explotaciones estantes del Valle han comenzado a elaborar queso con su propia marca, animadas por algunos programas de desarrollo en curso.

Los pastores trashumantes, que conservan en su memoria todo el saber tradicional de la elaboración del queso, se dedican hoy a la producción de carne.

- En cada ordeño se le quitaba un cuarto de litro a cada oveja, o menos. Me sentaba con un taburete bajo, de tres patas, y, con un "cuerdo" de "hojalata" entre las piernas, dale que te dale a las trescientas o más ovejas, y en hora y media o dos ventilaba la tarea. Claro que los días en que llovía o hacía frío, como no se estaban quietas, me costaba más.

La sonrisa no desaparece de la cara de Dionisio, quemada por el sol y por el aire, casi sin arrugas, mientras recuerda, para nosotros, las horas pasadas en la muidera y en la borda.

- Echaba la leche en un cuerdo grande y lo ponía al amor de la lumbre del hogarín para que conservara el calor de la teta, y le añadía el cuajo, hecho con el de los corderos que se morían; y mientras se hacía la cuajada la removía bien para que se formara la papilla y saliera el matón, y después la partía según los quesos que iba a hacer; y al molde. Luego la calentábamos allí en una chapa, el "zorco", tras apretarla bien para que tirase el suero. Después había que calentarlo bien por las caras y los cantos, ¡lo que sudabas!, y otra vez a ponerles el aro de madera, comprado en una serrería de Ezcároz, y a apretar otra vez, dándole vueltas, para que tirase bien el suero. Y cuando ya estaba hecho, lo ponía a curar en unas tablas colocadas a un lado de la borda, y todos los días había que darle vuelta hasta que no supurase nada de suero. Y luego, ya a gusto de cada uno: si lo prefería algo fresco podía comerlo antes del mes; si no, lo dejaba secar otro mes más.

Un par de gritos y el perro marcha corriendo por la orilla de una parcela en que la cebada empieza a orear. En menos de un minuto, las ovejas están todas Juntas al otro lado del camino.

- Con cinco litros de leche venía a salir un kilo de queso, y quedaba el requesón, que era para casa. Cada temporada, una con otra, se le sacaba a cada oveja más de un queso de dos kilos, que ya era dinero entonces. No creas que no se vendían entonces miles de kilos. Venían de todos los sitios a buscarlo, y pagaban lo que les pedías. Aún sube alguno ahora por la borda y pregunta si tengo queso...; dejé de hacerlo porque es mucho trabajo y hace falta gente, y ahora estoy solo. Entonces con la lana y el queso pagaban los ganaderos los pastos y piensos... En el Roncal se ha ordeñado siempre mucho.

Así lo recoge Madoz en la voz "Roncal" de su Diccionario Geográfico Histórico:

"La industria del Valle consiste en el corte de maderas, de todas clases, fabricación de paños por las mujeres, al estilo del país, y la de quesos riquísimos y requesones con que suplen el aceite y grasa en su mayor parte".

La transmisión oral de los viejos saberes ha dejado muchos refranes, dichos y adivinanzas referidos al queso, como ésta, que habla de la luna y del queso y que todavía recuerdan en el Salazar:

"Pipitaki, papataki,
 nik badakit ganza bat.
 Aurian, landan, gazta bat.
 Zer ote da?
 Ilargia".
 "Adivina, adivinanza,
 yo sé que a una
 le aúlla el lobo, en el campo,
 y parece un queso.
 ¿Qué cosa es eso?
 La luna.

LONGITUD DE LAS VÍAS PECUARIAS EN LAS BARDENAS

Parece oportuno, cuando está a punto de concluir "esta invernada" en Las Bardenas, calcular la longitud total de las vías pecuarias que atraviesan el territorio bardanero. Este es el resultado:

Cañadas	Kilómetros
C.R. de los Roncaleses	39,3
C.R. de Tauste a Urbasa-Andía	29,7
C.R. de Montes del Cierzo a Ejea	11,7
Traviesas	
T-1	12,5
T-2	10,2
T-3	14,6
T-5	6,9
	7,2
Pasadas	10,2
P-1	2,2
P-2	9,5
P-9	
P-10.....	<u>1,0</u>
	115,0
Ramales	
R-17.....	
Total	

Hoy los trashumantes ya no hacen queso, y recuerdan de aquellos años de juventud algunos dichos:

El queso y el barbecho en mayo sea hecho"

El queso de mayo para guardallo"

A esos quesos de mayo les hacían los zagales alguna marca con la navaja, "por si un día había que coger alguno para casa".

El rebaño de los de Vidángoz marchó cañada arriba mientras nosotros hablábamos de recuerdos y de muideras con Dionisio, sentados al borde de aquélla en esta tarde soleada de mayo.

Una vez más nos resistimos a despedirnos del pastor de Uztárroz, que entró de zagal en Casa Churrús, y que tantas cosas nos ha enseñado en este invierno al abrigo de su hogarín en la cabaña del corral de Cornialto.

Con él dejamos la Cañada de los Roncaleses, por la que en los próximos días andarán diecisiete rebaños roncaleses, con poco más de veinte mil ovejas, y once rebaños salacencos, con menos de doce mil, que cruzarán Sierra Peña y subirán el Salazar por la Cañada de los Salacencos.

Es lo que queda de aquellos grandes rebaños trashumantes que, recorriendo las cañadas, traían cada año a Las

Bardenas más de cien mil ovejas de los Valles del Pirineo Oriental de Navarra.

Cuando dentro de cinco días lleguen los rebaños a los pueblos del Valle nadie saldrá a recibir los y a cantarles los viejos cantares, ni tampoco los pastores trashumantes sacarán sus pañuelos al aire:

*"Ya viene la primavera,
ya resuenan los cimbales;
ya suben los pastorcicos,
con los pañuelos al aire".*

La mayoría, al revés que antaño, ha dejado a su familia en La Ribera y pasarán solos, en las bordas, los tres meses de verano.

La fiesta, el encuentro con la familia, no es ahora en primavera. Ser cuando bajen, y por eso todos nos dicen como despedida:

"Hasta la sanmiguelada, en la cabaña de El Paso".

Dionisio se despide de nosotros hablándonos de sus años mozos, de las rondas y de las novias. Que las tuvo; pero no se casó. Nos habló de Gayarre y del Roncal, y de Raimundo Lanás, y de las jotas que cantaba cuando era joven y se arrancó el roncalés, para decirnos adiós, con aquella de:

*"En lo alto del Pirineo,
soñé que la nieve ardía,
y por soñar lo imposible,
soñé que tú me querías".*

Casi poniéndose el sol nos vamos hacia La Estroza para subir al Plano y marchar hacia el Corral de Bombar, al encuentro de José María Ibáñez, el de Valtierra, que todavía anda por Las Bardenas.

Lo vemos camino del corral, cerca de la cañada que en los próximos días lo llevar a la Sierra de Andía. Cada vez son menos los rebaños de La Ribera que recorren la Cañada Real que desde Tauste llega a las Sierras de Andía y de Urbasa.

Todos los navarros tienen derecho a que sus ganados aprovechen hierbas, pastos y aguas en esas sierras, sin pagar ningún canon. Cuenta Idoate que "en el año 1572 subieron noventa y siete rebaños que hicieron doscientas once cabañas".

Hoy sólo cuatro rebaños de La Ribera suben a Sierra Andía, con unas ocho mil ovejas. Tres pastores de Valtierra y uno de Cabanillas son los últimos trashumantes que pasan el invierno en Las Bardenas y el verano en la Sierra de Andía.

- Hace un par de años subía alguno más. Lorenzo, uno de Arguedas, que ya no sube; otro de Peralta, y otros cuatro de Valtierra, pero cada vez vamos quedando menos. ¿Sabes quiénes subimos?: los que tenemos rebaño grande y no podemos coger por aquí ninguna corraliza.

En la conversación con los trashumantes que van a Andía no hay alegría, ni recuerdos. A ellos no les atrae la montaña. Les gusta más La Ribera.

Sólo hay razones económicas para subir.

-Allá no queremos subir ninguno ... ; yo voy a la parte de abajo de San Donato, ¡no sabes lo que es pasar todo el día sin ir a casa! Nos quedamos en una cabaña. Así que cuando llega septiembre no tengo otras ganas que bajar. Y las ovejas lo mismo. Una vez que el pasto se agosta, están todo el día cara a Lezaún, mirando para abajo. Ahora que de aquí también están deseando marcharse, ya que no hay comida.

Anochece cuando llegamos al corral. José María encierra las ovejas, ata los perros y nos cuenta el itinerario que recorrer por la cañada en los próximos días.

- Arrancaremos de aquí la semana que viene, antes de que empiecen a cosechar, por lo que queda de cañada, que se la están comiendo toda aunque est amojonado, ¿no ves que están haciendo la concentración parcelaria? Iremos el primer día por Caparroso al monte de Marcilla; el segundo al monte de Tafalla; al otro día iremos a dormir a un corral de Villatwerta, junto a una cruz que hay en el monte; y el último día llegamos a Andía. Y allí estaremos hasta septiembre si podemos aguantar; si no, nos bajamos a Villanueva de Yerri. ¿Por qué subo?, pues porque no tengo aquí corraliza y porque pagan algo más de prima por estar allá noventa días. más por eso que por otra cosa.

Marchamos con el de Valtierra para salir de Las Bardenas por la Ermita del Yugo. Es domingo y en la hospedería todas las mesas están llenas de merienda. Repasamos nuestras notas de campo y decidimos entrar mañana por ver si nos dejamos algo. Disculpas, pensamos.

El día ha amanecido despejado. No hay ni una nube. Algo de calima en la salida del sol. Buen día para que sequen las cebadas y pasen calor los pastores que transitan por las cañadas.

Entramos en Las Bardenas por la Cañada de Landazuría, que, según el artículo 2 5 de las Ordenanzas, mide setenta y cinco metros de anchura y de la que parten cinco hijuelas, de cincuenta metros, hacia otros tantos puntos.

No vemos alguna de estas hijuelas por ninguna parte.

Seguimos esta cañada hasta su cruce, en el Cabezo de La junta, con la Cañada Real de Tauste a Sierra Andía, de otros setenta y cinco metros, según los papeles, y que apenas tiene cinco y sin amojonar. Sube hacia El Ferial y deja a la derecha el ramal de la Fuente del Plano, que por el Majadal del Botiguero y la Bajada de Las Yeguas llega hasta los Corrales de Cornialto para ir a juntarse en El Paso con la Cañada Real de los Roncaleses.

Por la Cañada Real de Tauste a Sierra Andía bajamos hacia Las Cortinas. Salimos y entramos de Las Bardenas y nos perdemos un rato andando por El Vedado.

El sol de la mañana da de lleno en los cortados. Allí nos sorprenden los primeros aviones de la mañana.

Como las ovejas, como los pastores, ya nos hemos acostumbrado al ruido. Pero nos es imposible ignorarlo.

Por debajo del Castillo de Peñaflor pasan cuatro cicloturistas. Es lunes.

Marchamos hacia el Corral de Las Cortinas, donde la cañada se pierde, y seguimos por la pista que va al cuartel militar hasta llegar al cruce de la cañada que sube de Portillo Mayor a Candévalo. Allí mismo sale una traviesa que por Zapata llega a la de los Roncaleses, justo antes de que ésta se pierda por el Barranco de Tripazul. Atrás quedó la Cañada de Las Rallas, que va hasta Sanchicorrota cruzando el Polígono de Tiro, lugar prohibido.

Dejamos la Cañada de Tauste a Sierra Andía que, por las Bajadas del Rey, entra en Las Bardenas, y tratamos de adivinar por dónde va la Cañada de Candévalo que, por la Cuesta de los Agujeros y el Val de Santa Catalina, nos llevar a la Carretera de Tudela a Ejea, trazada sobre la Cañada de Montes de Cierzo a Ejea.

Hemos recorrido andando todas las cañadas que atraviesan El Plano y la Bardena Blanca y no nos hemos encontrado con ningún rebaño.

Hay poca gente en Las Bardenas. Los agricultores andan ahora por las tierras de regadío plantando el tomate y el pimiento. Faltan unos días para que las cebadas sequen, cambie el color de Las Bardenas e irrumpa el ruido de los tractores y de las cosechadoras.

Comemos en el Majadal del Bu, por donde anda "un hippy", que dicen los pastores, y que tiene una cabra, algunas gallinas y un caballo.

Antes de entrar en La Negra bajamos a la Cañada de los Roncaleses para cruzar una vez más entre La Ralla y el Rallón, y volver a sentir la soledad en el pequeño desfiladero. La sentimos.

No podíamos marchar de Las Bardenas sin despedirnos de la Casa de la Severina.

No está vacía. A la puerta de la cabaña hay un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, de tez clara y ojos azules. Viste zapatillas de lona, pantalón color crema, camisa blanca y lleva un jersey de lana de color rojo atado a la cintura. Lava, en un caldero con agua, un par de platos, un vaso, una sartén y unos cubiertos.

Ángel Gallego, nos dice que se llama. Es de Carcastillo.

Ha venido a pasar unos días a la vieja Cabaña del Cubilar, que tantas noches de juega de pastores y de agricultores ha cobijado.

En la Cabaña, sobre un muelle sin colchón, un saco de dormir azul y una caja de cartón llena de libros: "Moby Dick", "La Visión", "Escrito en las estrellas", "Perseguido por toda la ciudad", "Rebelión en la granja" ...

Estuvo viviendo en Londres y trabajó en un hospital, nos cuenta. Le gusta leer. Ahora está en paro. No le gusta el Polígono de Tiro. Es poeta.

Sentados sobre unas piedras, mientras disfrutamos del sol, que ya calienta, nos recita un poema que ayer le dedicó a Las Bardenas:

*"Cuentan que fuiste un Edén
de belleza singular,
hoy sólo quedan de ti
los vestigios del ayer..."*

Nos cuenta viejas historias de Las Bardenas y antes de que caiga la tarde nos despedimos del viejo bohemio que ha venido aquí a leer, a pensar..., a vivir.

Por la muga con Aragón llegamos al Portillo de Santa Margarita para subir a la Plana de La Negra y disfrutar de la tarde que cae en la Punta de La Aguda, desde donde no vemos el espaldero blanco de Pedrosas y sí el rebaño grande que va de cañada subiendo por El Ontinar. Vemos un todo terreno blanco. Es Enrique Otal, que marcha para Garde, con casi tres mil ovejas.

Ver desde arriba la cañada llena de animales que se pierden entre los pinos de la Caída de La Negra es todo un espectáculo.

Pasarán la noche en los Corrales del Estrecho.

El sol se pone rojo por la Ermita de San Nicolás, entre Mélida y Caparroso, y las arcillas de Las Bardenas parecen que están ardiendo.

Mañana hará calor.

Con poca luz llegamos a Sancho Abarca. La suficiente para ver las sombras que llenan toda la Bardena Negra, al poniente, y los pelados Cabezos de Modorra y del Fraile ardiendo por el efecto de los últimos rayos de sol.

La tranquilidad de la hospedería nos acoge en este último día en Las Bardenas.

Con el verano, el paisaje se hará más duro. Mejor para atraer a esos visitantes que buscan "el último rincón en Europa del oeste americano".

Las pistas se llenarán de coches y de motos. Las bicis subirán a los cabezos y el pájaro de alas de nilón saltará desde La Estroza sobre la Blanca.

Los aviones seguirán viniendo con sus ruidos y sus bombas.

Los agricultores recogerán, multiplicada, la simiente con la que, en otoño, preñaron Las Bardenas.

Los pastores de La Ribera se irán a las corralizas de los pueblos antes del día de San Pedro, y comenzar la veda para el ganado.

En la Sierra de Abodi, en Santa Bárbara y en Andía los pastores trashumantes recordarán el invierno en Las Bardenas; en agosto, igual que las ovejas, barruntarán que el otoño se acerca y que hay que volver a la cañada.

Y el día dieciocho de septiembre, en El Paso, después de dormir al raso en las faldas del Cabezo de Chirimendía, cuando el primer rayo de sol asome y el cabo de guardas, Barrachina, levante el fusil y tire, la cañada se llenar de polvo y el sondo de las esquilas y de los zumbos se mezclará con la música de la fiesta.

Y los que queden entrarán otra vez en Las Bardenas.

Son más de las doce de la noche. No hay luna.

Nuestro trabajo ha terminado.

Nos vamos de Las Bardenas y, antes de comenzar el descenso desde la Ermita, nos paramos: echamos la vista atrás y los recuerdos del invierno nos llenan la cabeza.

Mañana, al amanecer, volveremos a entrar. Allí mismo lo decidimos.

Ser nuestro último día en Las Bardenas. Sin ir al encuentro de nadie; viendo el paisaje; oyendo los cantos de los pájaros y de las perdices que crían; soportando el ruido de los aviones; almorzando apoyados en el carasol de cualquier cabaña medio hundida; disfrutando de los cortados del Vedado de Eguaras y de las formaciones de Pizquerra; sesteando a la sombra de un pino en La Negra. Terminaremos tomando un café en la hospedería de Sancho Abarca, mirando al Pirineo donde la nieve ardía.

Soñando, recorreremos Las Bardenas.

Será nuestra despedida.